

## Federico Valverde Bonilla (1949-2022). In memoriam

Una de las tareas más difíciles e ingratas en el quehacer académico, es escribir en memoria de colegas que no sólo han contribuido con nuestra disciplina, sino que además han dejado huella imborrable a nivel personal. Esa actividad es dolorosa y no siempre se logra hacer justicia a las contribuciones aportadas o de la esencia y energía con que vivieron los compañeros a quienes intentamos evocar.

Este es el caso de Federico Valverde Bonilla, amigo y compañero de la sección de herpetología del Museo de Zoología de la

Universidad de Costa Rica, y podemos decir con toda certeza que amigo y colaborador de la Escuela de Biología. Fede, como cariñosamente lo llamamos a él y a todos los Federicos, nos abandonó el 13 de enero debido a enfermedad. Sabemos que hasta los últimos momentos logró mantener ese espíritu jovial, esa sonrisa que lo identificó durante toda su vida, y el gran entusiasmo por la naturaleza que siempre lo caracterizó.

Nacido el 23 de agosto de 1949 en Turrialba (Cartago, Costa Rica), no es extraño que



Fede Valverde, Estación Biológica Cerro de la Muerte (Los Nimbos), 2015. Foto Eberhard Meyer.



Fede Valverde. Aguabuena de Rincón de Osa. 1989.  
Foto Eberhard Meyer.

desarrollara precozmente un interés por la naturaleza y la pasión por el montañismo que le acompañaría toda su vida. Turrialba era entonces un pueblito rural pero en franco crecimiento, situado a medio camino en la ruta ferroviaria entre el Valle Central y el Puerto de Limón. Este pueblo rodeado de montañas y extensos bosques, tuvo gran influencia durante la infancia y adolescencia de Federico, principalmente a partir del establecimiento y consolidación del Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE) y la efervescente agroindustria cañera que se desarrollaba en las inmediaciones del pueblo. Estas actividades atraían a agrónomos e ingenieros forestales al lugar, los primeros profesionales con los que Fede tuvo contactos. Como él mismo nos contaba, cuando chiquillo eran habituales las caminatas por las faldas del volcán homónimo y las orillas del Río Reventazón, aunque también frecuentaba cafetales y cañales de las grandes haciendas que rodeaban su pueblo.

Federico estudió en la Universidad de Costa Rica, donde sabemos ingresó en 1970. Para el año siguiente ya había conseguido un puesto y se mantuvo en régimen administrativo ligado a esta institución hasta pensionarse en 1999. Entre sus primeros trabajos en la Universidad, Fede sirvió como asistente en el Instituto Clodomiro Picado, un centro de investigación y producción de antivenenos adscrito a la Facultad de Microbiología. Hilda Herrera, quien en esa época trabajaba como secretaria en el incipiente instituto lo recuerda con su bata blanca apoyando labores entre el serpentario y el laboratorio de producción. Su paso por el Clodomiro fue corto, pero suficiente para marcar su huella entre los trabajadores de aquella época que aún lo recuerdan.

Poco tiempo después, ingresó como personal de apoyo en la naciente colección de herpetología, iniciada unos años antes con las recolectas de los Dres. James Vial, Norman Scott y Douglas C. Robinson. Este último, entonces profesor del Departamento de Biología, fungía como curador de la colección y supervisor de las labores de Federico. Para 1974, el departamento pasa a ser formalmente la Escuela de Biología, una unidad de la Facultad de Ciencias, por lo que Fede fue testigo de esa transición. En 1977 ayuda a trasladar la colección a la nueva ala del edificio de la Escuela de Biología, donde ha permanecido el Museo de Zoología desde entonces. Es en ese espacio que empieza a consolidarse el Museo de Zoología. Federico, junto a Roger Sáenz, apoyaba tiempo parcial a la colección, lo que permitía a Douglas y sus estudiantes enfocarse en las recolectas. De esta manera, la colección de herpetología crecía rápidamente.

Federico trabajó tiempo completo en el Banco Central de Costa Rica, por lo que su tiempo en el Museo debía compartirse con el dedicado a “su trabajo real” y –por supuesto– al de su familia. Por ello, solía vérselo tarde en el Museo, lo que no impidió que se constituyera en un baluarte para la formación de aquellos estudiantes interesados en herpetología, que para ese entonces permanecíamos con Fede hasta avanzada la noche rodeados de especímenes,



Curso de Anfíbios, Aguabuena de Rincón de Osa, 1989. Izquierda a derecha: Fede Valverde, Gustavo Serrano, Douglas Robinson, Luis Torre (Machín), Carlos Calvo, Silvia Lobo, José Hernández (Chepe), Emilio Castro, Eberhard Meyer, Mahmood Sasa, Valeria Solano, Page Shoemaker, Rosa Sandoval, Luis Puertas, Javier López y Fede Bolaños. Foto Eberhard Meyer.

y asediándolo con preguntas sobre nuestras dudas. Así mismo muchos herpetólogos de la talla de David y Marvalee Wake, y Jay Savage, visitaron la colección por aquella época y compartieron ese recinto con Fede.

Federico era un hombre sencillo, pero sensible. Tenía buen conocimiento de cartografía, lo que le era de gran ayuda para registrar correctamente las localidades de origen de los especímenes a su cargo. Además, poseía gran destreza para el dibujo, por lo que en ocasiones se le solicitó que plasmara especímenes para trabajos de taxonomía. Su veta de artista plástico se combinaba con un creciente interés por la fotografía, tanto científica como paisajística. Supo combinar este arte con su otra gran pasión: la espeleología y el montañismo.

Es quizás en ese campo que Federico fue más conocido. A lo largo de su vida, pero principalmente durante de las décadas de 1980 y

1990, recorrió gran parte de las cordilleras del país. Concentró sus esfuerzos y su pasión en la Cordillera de Talamanca, que logró recorrer longitudinalmente junto a un puñado de compañeros de aventuras. El macizo del Cerro de la Muerte, y el Cerro Chirripó, constituyeron sus lugares favoritos. Acompañó a numerosas expediciones de estudiantes y científicos que visitaron esos sitios, sirviéndoles de guía. Además ayudó, apoyó y compitió en la organización de las primeras ediciones de la Carrera de Montaña al Cerro Chirripó al inicio de la década de 1990, cuando apenas un puñado de valientes, la mayoría locales, se atrevía a desafiar la montaña. Hoy día esta actividad constituye uno de los más importantes eventos deportivos del país y ha alcanzado renombre internacional. El demandante esfuerzo físico en esas correrías terminaría pasándole factura: el desgaste de cadera y varias intervenciones



Curso de Anfibios, Quebrada González, Parque Nacional Braulio Carrillo. 1989. Rafael Arias (Guardaparques), Fede Valverde y Fede Bolaños. Foto Eberhard Meyer.

para aliviarlo fue –según sus palabras– un precio bajo por lograr ver el amanecer desde esas montañas.

Su interés por Talamanca le llevó a participar de dos actividades que han contribuido con el quehacer científico y educativo de ambientes de alta montaña en el país. Primero, apoyó la creación de la Estación Biológica Cuericí, que protege un importante acervo del bosque nuboso que otrora dominara la región central de esa cordillera. Y más adelante estableció la Estación Biológica Cerro de la Muerte, conocida por muchos como *Los Nimbos*, su propiedad en el Cerro de la Muerte que protege al páramo de ese cerro y es uno de sus puntos de acceso. Desde su creación, en 1997, este lugar ha sido visitado ininterrumpidamente por cursos de la Escuela de Biología de la Universidad de Costa Rica, así como de innumerables instituciones nacionales y extranjeras, contribuyendo de esta manera a la formación académica de profesionales en ciencias biológicas y ambientales, y sirviendo además como sitio para estudio de

muchos investigadores. Cabe enfatizar acá el gran apoyo a la investigación que Fede siempre estuvo dispuesto a proporcionar. Muchas investigaciones, incluyendo tesis de estudiantes con recursos limitados, nunca hubieran sido posibles sin su colaboración.

En el campo personal, Federico fue un gran amigo que supo transmitirnos su energía por la vida. Como un hombre de familia, abría sin contemplaciones las puertas de su casa y estación a todos aquellos que así lo solicitaran. En estos sitios, quienes los utilizamos con cursos o como sitio de investigación, continuamos disfrutando de la excelente cuchara que nos deleitó durante toda su vida. En el tiempo que compartimos, vimos crecer a su familia. Siempre fue inspirador el orgullo con que hablaba de sus hijos Federico José y Marlen Andrea, ahora profesionales en EE. UU., y de su esposa, Marlen Salazar.

Si bien Fede Valverde no dejó una vasta producción científica, ni fue tutor formal de estudiantes universitarios, sus aportes a la



formación académica y al quehacer de la Escuela de Biología de la Universidad de Costa Rica y a la biología tropical son reconocidos por quienes tuvimos la suerte de compartir con él.

Su apoyo a la única colección científica de reptiles y anfibios del país, una de las más importantes de toda la región mesoamericana; su ayuda en el componente de campo o giras de cursos y expediciones científicas; sus esfuerzos por establecer sitios que faciliten el acceso a investigadores y estudiantes que

hemos compartido su pasión e interés por la alta montaña y los organismos que allí habitan; hacen que sus contribuciones sean tan importantes como las de académicos más consolidados. Su legado nos recuerda también que el quehacer académico no está limitado a los educadores, investigadores y estudiantes: un silencioso contingente de personal de apoyo es crucial para llevar a buen término la labor que como docentes e investigadores realizamos. A este crucial grupo pertenecía Federico.

*¡Gracias Fede por todos tus aportes!  
¡Te extrañaremos!*

Mahmood Sasa, Federico Bolaños y Gilbert Barrantes  
Museo de Zoología, Centro de Investigaciones en Biodiversidad y Ecología Tropical  
Universidad de Costa Rica